

Juan Pablo II y la mujer

Ma. Angélica Roa Ambriz

Máster en Ciencias del Matrimonio y de la Familia (Instituto Juan Pablo II, Roma)

En un tiempo en el que tanto se ha hablado sobre la mujer, queriendo devolverle su dignidad, defender sus derechos y redescubrir su papel en el mundo, se nos han presentado numerosas opiniones que buscan dar respuesta a esta inquietud. Puntos de vista muy diversos, diferentes concepciones del mundo, de la vida, del hombre han ido dando lugar a muy distintas conclusiones, con sus consecuentes aplicaciones.

Sin embargo, así como para poder comprender una obra de arte es necesario recurrir a la mente y al corazón del artista, para poder comprender a la mujer en su realidad total y en su profundidad, es necesario acercarse a la mente y al corazón de su Creador.

Es así como el Papa, Juan Pablo II, buscó dar respuesta a estas inquietudes en torno a la dignidad y la vocación de la mujer. Él supo elevar su mirada al designio divino para encontrar ahí su razón de ser y su valor. Y es esto lo que quiso transmitir al mundo en sus cientos de mensajes y escritos sobre la mujer. Lo hizo, sobre todo, con el apoyo real y desinteresado en sus problemas, sin faltar, desde luego, la manifestación de su aprecio, lleno de respeto y de cariño, en los encuentros que tuvo con ellas. Podemos decir que Juan Pablo II fue un verdadero enamorado de la mujer —como persona humana— y un verdadero promotor de su dignidad y de su vocación.

Con estas líneas, quisiéramos poner de relieve algunos aspectos que encontramos en la relación de Juan Pablo II con la mujer, especialmente de su pensar y su sentir.

1. Fuentes de las enseñanzas y del aprecio de Juan Pablo II por la mujer

Podemos preguntarnos ¿de dónde brotaba este aprecio y amor sincero por la mujer? El mismo Papa, en diversas ocasiones, confesó su amor por el hombre y por la mujer —en particular—, amor que se convirtió en un verdadero compromiso y en una gratitud muy sentida.

Comprender la concepción que Juan Pablo II tenía sobre el mundo, la vida, la persona humana, el amor..., tanto desde una perspectiva filosófica

como teológica, y penetrar en su propia experiencia de vida, nos resulta imprescindible para poder entender mejor su pensar y sentir sobre la mujer.

No cabe duda de que Juan Pablo II era un verdadero contemplativo en medio del mundo; él sabía trascender las realidades humanas y elevarse a su sentido más profundo. Él supo contemplar en el misterio del hombre el designio divino y descubrir el amor de Dios que en él se manifestaba. . . , a pesar de no dejar de tocar la miseria y el sufrimiento humanos, y dolerse con ello.

La Sagrada Escritura fue para él una fuente sumamente valiosa para volver «al principio», al plan originario de Dios, y descubrir ahí la grandeza del hombre y de la mujer. Son preciosas las catequesis en las que hablaba sobre el amor humano, contemplado desde el designio del Creador. Ahí supo leer y descubrir el valor y la trascendencia de la misión de la mujer, al lado del hombre, y advertir la belleza de su vocación a la donación como esposa, como madre. . . . Supo también encontrarse con el genio femenino, que tanto valoró de frente a la realidad del mundo.

Karol Wojtyła, como filósofo, supo también ahondar en la realidad de la persona humana y, desde la perspectiva del personalismo, dar al mundo una visión trascendente del hombre y de la mujer. Su concepción personalista y el método fenomenológico, heredado especialmente de Max Scheler, permeaban todas sus reflexiones teológicas. En la *Mulieris dignitatem* (carta apostólica que mencionaremos especialmente en este artículo)¹, así como en sus diversos escritos referentes a la persona humana, su concepto de persona es expuesto con amplitud y claridad.

Nos encontramos frente una antropología centrada en la persona humana. La persona es valorada en sí misma, por sí misma, en su individualidad, en su cuerpo y alma. Y, desde el punto de vista teológico, la persona humana es vista como una criatura creada a imagen y semejanza de Dios, amada por sí misma, en su individualidad. Por tanto, la única razón de ser y la dignidad de cada persona es que Dios la ha querido, creado y amado por sí misma.

La concepción de Juan Pablo II de la mujer, de su dignidad y de su vocación —tratada de modo especial en la *Mulieris dignitatem*, aunque también en muchos otros escritos, alocuciones y catequesis—, hunde sus raíces en los tesoros mismos del Magisterio y la Tradición de la Iglesia, y, como hemos mencionado, se ve enriquecida por su propia concepción de la persona hu-

¹ JUAN PABLO II, *Carta apostólica, Mulieris dignitatem sobre la dignidad y la vocación de la mujer*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1988.

mana y su dignidad, en el contexto de una filosofía personalista, madurada a lo largo de toda su vida.

Dentro de esta continua referencia al Magisterio de la Iglesia —del cual se hizo portavoz—, el Concilio Ecuménico Vaticano II es una de sus fuentes principales. El pensamiento filosófico de Karol Wojtyła gira en torno a este Concilio. Es preciso, por tanto, considerar su participación y su particular interpretación de él.

El Santo Padre comienza su carta apostólica *Mulieris dignitatem* haciendo referencia, precisamente, al Magisterio reflejado en el Concilio Vaticano II:

«La dignidad de la mujer y su vocación, objeto constante de reflexión humana y cristiana, ha asumido en estos últimos años una importancia muy particular. Esto lo demuestran, entre otras cosas, las intervenciones del Magisterio de la Iglesia, reflejadas en varios documentos del Concilio Vaticano II, que en el mensaje final afirma: Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar a que la humanidad no decaiga. Las palabras de este mensaje resumen lo que ya se había expresado en el Magisterio conciliar, especialmente en la constitución pastoral *Gaudium et spes* (8; 9; 60) y en el decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los seglares (9)»².

Sin embargo, esta concepción de la persona humana, de la mujer y de su vocación, no es sólo un pensar, sino también un sentir, una experiencia vivida con gran intensidad. En el libro «Cruzando el umbral de la esperanza», expone de una manera muy hermosa, de donde brota su actitud frente a las mujeres.

«Si nuestro siglo, en las sociedades liberales, está caracterizado por un creciente feminismo, se puede suponer que esta orientación sea una reacción a la falta de respeto debido a toda mujer. Todo lo que escribí sobre el tema en la *Mulieris dignitatem* lo llevaba en mí desde muy joven, en cierto sentido desde la infancia. Quizá influyó en mí también el ambiente de la época en que fui educado, que estaba caracterizado por un gran respeto y consideración por la mujer, especialmente por la mujer-madre.

² *Ibidem*, n.1.

Pienso que quizá un cierto feminismo contemporáneo tenga sus raíces precisamente ahí, en la ausencia de un verdadero respeto por la mujer. La verdad revelada sobre la mujer es otra. El respeto por la mujer, el asombro por el misterio de la femineidad, y en fin el amor esponsal de Dios mismo y de Cristo como se manifiesta en la Redención, son todos elementos de la fe y de la vida de la Iglesia que no han estado nunca completamente ausentes de ella. Lo testimonia una rica tradición de usos y costumbres que hoy está más bien sometida a una preocupante degradación. En nuestra civilización la mujer se ha convertido en primer lugar en objeto de placer.

Muy significativo es, en cambio, que en el interior de esta realidad esté renaciendo la auténtica teología de la mujer. Es descubierta su belleza espiritual, su especial talento; están redefiniéndose las bases para la consolidación de su situación en la vida, no solamente familiar, sino también social y cultural.

Y, a este propósito, debemos volver a la figura de María. La figura de María y la devoción a Ella, vividas en toda su plenitud se convierten así en una creativa y gran inspiración para esta vía»³.

Esta preocupación por la mujer está inserta en su amor apasionado por el hombre, por la persona humana, a quien se dirige con un profundo sentido pastoral:

«Siempre me ha apasionado más el hombre [...] cuando descubrí la vocación sacerdotal, comencé a ocuparme de él como tema de la actividad pastoral [...] el origen de mis estudios centrados en el hombre, en la persona humana, es en primer lugar pastoral. Y es desde el ángulo de lo pastoral como, en Amor y responsabilidad, formulé el concepto de norma personalista»⁴.

Así pues, su amor por la persona humana y, en particular, por la mujer, es también su experiencia de vida. Y aquí podemos preguntarnos cómo Juan Pablo II llegó a ser este enamorado de la persona humana, habiendo sufrido tanto desde su infancia, con la pérdida de su madre, de su hermano, de su padre. ¿Cómo pudo enamorarse del ser humano al palpar y sufrir en su propia vida y en torno suyo la miseria humana, en tiempos de guerra, de opresión...?

³ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Ed. Plaza y Janes S.A. (España, 1994), 211-212.

⁴ *Ibidem*, 197-198.

Sin duda alguna, recibió un sostén muy fuerte por parte de Dios, quien lo preparó para la misión que le encomendaría. Pero también descubrimos un corazón enorme, que supo penetrar el interior del hombre y de la mujer, ahondar en su sufrimiento, comprender y hacer suyo el dolor y comprometerse de verdad. Podemos pensar que, entre muchas otras experiencias, en medio de la guerra y de situaciones muy dolorosas, él supo contemplar en la mujer un corazón que sufría y se entregaba por la persona concreta, por el esposo, por el hijo, pero también por quien era víctima del odio. . . . Descubrió así cómo la mujer estaba llamada a humanizar al hombre y elevarlo a Dios.

2. Concepción de la mujer

Quisiéramos ahora exponer algunos elementos de la concepción de la mujer que Juan Pablo II desarrolló durante su pontificado; concepción que, como hemos visto, se venía fraguando desde su juventud; concepción que se ve reflejada de modo especial en la Carta apostólica, *Mulieris dignitatem*.

La vocación de la mujer

Una clave de lectura de sus reflexiones sobre la mujer es la de su vocación. El Papa descubrió la grandeza de su vocación al amor, como aquello que daba sentido y valor a su existencia, y quiso desvelarle a la mujer la belleza de su sponsalidad y maternidad, en medio de un mundo que «quería liberarla de esta supuesta esclavitud», en lugar de reconocer, apreciar y agradecer su presencia en el mundo.

En este contexto, entendiendo la vocación como una llamada, una llamada a la vida del Creador a su criatura, una llamada a desarrollar una tarea especial en ella, el Santo Padre afirma que la vocación de la mujer es una: el amor. Su dignidad y su vocación están en el orden del amor. Amor que procede de Dios y que sólo en la unión total con Él encontrará su plenitud.

Ciertamente toda persona humana está llamada al amor, pero la mujer, en su ser femenino (en su cuerpo y su psicología), lleva inscrito un llamado particular de su Creador. El hombre (varón) realizará su vocación al amor de otra manera, complementaria, según lo lleva inscrito también en su cuerpo y psicología, conforme al designio divino para él. Y es la mujer quien, en cierto modo, tiene la vocación y la tarea de descubrir al hombre y hacerlo tomar conciencia de su propia vocación al amor.

«Sobre el fundamento del designio eterno de Dios, la mujer es aquella en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su primera raíz. El orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria. En la vida íntima de Dios, el Espíritu Santo es la hipóstasis personal del amor. Mediante el Espíritu, don increado, el amor se convierte en un don para las personas creadas. El amor, que viene de Dios, se comunica a las criaturas: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (*Rom 5,5*).

La llamada a la existencia de la mujer al lado del hombre —una ayuda adecuada (*Gén 2,18*)— en la unidad de los dos ofrece en el mundo visible de las criaturas condiciones particulares para que el amor de Dios se derrame en los corazones de los seres creados a su imagen. [...] El esposo es el que ama. La esposa es amada; es la que recibe el amor, para amar a su vez. [...] la dignidad de la mujer es medida en razón del amor, que es esencialmente orden de justicia y caridad»⁵.

Barbara Throp, en su libro *Uguaglianza e diversità di vocazioni, in Giovanni Paolo II, La Dignità della Donna*, comenta este texto. La vocación de la mujer está, pues, en el orden del amor; su vocación es el amor. El Papa Juan Pablo II, a lo largo de toda la carta apostólica, nos exhorta continuamente a reflexionar sobre la doctrina fundamental de la vocación del cristiano: amarnos los unos a los otros como Dios nos ama. Esta llamada está expresada en el documento a través de la frecuente exhortación a vivir la vida como un «don sincero de sí mismo». Este acto completo de donación de sí mismo es la clave para la realización de la mujer en su vocación de virgen, madre, esposa y en relación con su prójimo, en todos los aspectos de la vida de la mujer. La meditación afirma: «La mujer puede encontrarse sólo a sí misma en el darse a los otros». La expresión última de la vocación como mujeres realiza su significado pleno cuando vive la vida por los otros. Esta verdad, simple y fundamental, se repite en el corazón de las mujeres y de los hombres, pero encuentra una expresión única en la vida de las mujeres. Los aspectos propios de la mujer, como el dar la vida y educarla, que a menudo vienen dados por descontados, asumen un nuevo significado y una nueva importancia en a la luz de esta enseñanza⁶.

⁵ *Mulieris dignitatem*, cit., n. 29.

⁶ Cfr. Barbara S. THROP, *Uguaglianza e diversità di vocazioni, in Giovanni Paolo II, La Dignità della Donna*, M. Ubaldi, 10 ed., Edizioni Logos (Roma 1988), 80.

El Cardenal Dionigi Tettamanzi, en su libro *Grandi cose ha fatto in me l'Onnipotente. Meditando con il Papa la «Mulieris Dignitatem»*, comentando textos de dicha carta apostólica, nos habla del carácter relacional de la persona humana y, con ello, profundiza en las dimensiones de la vocación de la mujer.

La mujer, como el hombre, es el término vivo y personal de la creación de Dios. El libro del Génesis testimonia de modo inequívoco el carácter personal del ser humano: «El hombre es una persona, en igual medida el hombre y la mujer; ambos, de hecho, han sido creados a imagen y semejanza de Dios» (*Mulieris dignitatem*, 7). «La mujer es otro yo en la humanidad común» (*Mulieris dignitatem*, 7). Dios, desde el «principio» ha querido la «unidad de los dos».

Precisamente por ser imagen de Dios (del Dios tripersonal), la persona se caracteriza por su relacionalidad: no es solamente un ser racional y libre, sino también llamado a existir en relación al otro «yo». (*Mulieris dignitatem*, 7). El hombre y la mujer están llamados a existir recíprocamente, el uno para el otro. Así el fruto de la relación es la comunión interpersonal, que se funda y se desarrolla mediante el don sincero de sí mismo al otro. La persona se revela así en su «identidad» de don y en su «finalidad» de donación. En esta perspectiva el Concilio Vaticano II que en la *Gaudium et spes* afirma «el hombre, única criatura terrestre que Dios ha querido por sí misma, sólo puede encontrarse plenamente mediante el don sincero de sí». (Cfr. *Gaudium et spes*, 24). El Papa no se cansa de citar y recitar estas palabras, convencido de su centralidad para alcanzar la comprensión del ser humano, y en particular de la dignidad y de la vocación de la mujer. A esta luz, se puede penetrar en profundidad en dos dimensiones fundamentales de la vocación de la mujer: la maternidad y la virginidad.

«La maternidad está unida a la estructura personal del ser mujer y a la dimensión personal del don» (*Mulieris dignitatem*, 18). Posee, por tanto, un significado no sólo biofísico, sino también personal-ético. Este es un hecho eminentemente humano, la maternidad de la mujer va más allá, porque en ella, unida a la paternidad del hombre «se refleja el eterno misterio del engendrar que existe en Dios mismo, uno y trino (cfr. Ef 3,14-15)». (*Mulieris dignitatem*, 18). Por otro lado, el valor de la mujer madre se expresa y se actúa en su femineidad. Esta última confía a la mujer una parte especial en este ser padres en común, una parte más cualificada y más significativa para la acogida y para la promoción del hijo como persona.

Es también a través del concepto de persona, especialmente en relación con la llamada a la donación, como se explica la virginidad por el Reino, como un camino para la realización de la mujer, en su ser persona y en su femineidad: «En la virginidad libremente elegida la mujer se reafirma a sí misma como persona, es decir, como un ser que el Creador ha amado por sí misma desde el principio y, al mismo tiempo, realiza el valor personal de la propia femineidad, convirtiéndose en don sincero a Dios, que se ha revelado en Cristo; un don a Cristo, redentor del hombre y esposo de las almas: un don esponsal» (*Mulieris dignitatem*, 20).

La estructura personal de la maternidad y de la virginidad explica la viva unión, incluso más, la complementariedad de estas dos dimensiones de la vocación de la mujer. Se da, de hecho una maternidad según el espíritu, que pertenece también a la persona casada, así como se da un verdadero significado nupcial también en la virginidad.

Así, pues, la mujer vive esta llamada a la donación de sí en dos vertientes: hacia el esposo (esponsalidad) a quien se entrega en totalidad y exclusividad; y hacia el hijo (maternidad) a quien da la vida, prestándose sin reservas, en cuerpo y alma.

La mujer, sedienta de amar y ser amada, descubre en el esposo el complemento de su ser persona. A él se entrega, abandonándose a su amor, dejándose amar y amando con totalidad, buscando unirse en cuerpo y alma con el amado.

Este amor esponsal se hace fecundo en la maternidad, tanto física como espiritual. La mujer acoge al hijo como un don, don que le viene de Dios Creador y de su marido. Acoge esta nueva vida y se compromete con ella, entregándose a hacerla crecer y madurar, movida por el amor a su esposo, a quien le dona el hijo, y por un amor al hijo, en cuanto persona que debe ser amada por sí misma.

A la luz de estas dos vertientes hacia las cuales la mujer encauza su donación (esponsalidad y maternidad), se puede penetrar en la profundidad de estas dos dimensiones de la vocación de la mujer: maternidad y virginidad. Tanto en el matrimonio como en la virginidad consagrada, la mujer vive la esponsalidad y la maternidad, aunque de manera diversa⁷.

⁷ Cfr. D. TETTAMANZI, *Grandi cose ha fatto in me l'Onnipotente. Meditando con il Papa la «Mulieris Dignitatem»*, 10 ed., Editrice Ancora Milano (Milano 1988), 29-33.

La identidad de la mujer con respecto al hombre

Por otro lado, como comenta Eugenia Scabini, en su libro *Relazione uomo-donna: reciprocità e differenza, in Dignità e vocazione della donna, per una lettura della «Mulieris Dignitatem»*, podemos decir que la mujer no encuentra su vocación comparándose con el modelo masculino, sino en relación con éste. «La mujer —en el nombre de la liberación del dominio del hombre— no puede tender a apropiarse de las características masculinas, contra su propia originalidad femenina. Existe el temor fundado que por este camino la mujer no se realizará, y podría, en vez de ello, deformar y perder aquello que constituye su riqueza esencial».

Ella es un otro «yo» en la común humanidad, pensada y querida como compañera y superación de la soledad original del hombre. El ser humano en soledad habría sido una mala imagen de la comunión que constituye la esencia del Dios revelado en la unidad de la sustancia en la Trinidad de las Personas. La ayuda que el hombre y la mujer se deben dar recíprocamente no es algo que se agrega, un poco por respeto a su ser, sino que responde a su estructura profunda, porque «en la creación del hombre ha sido inscrita también una cierta semejanza con la comunión divina». El hombre existe en relación con el otro, y la reciprocidad del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hombre es el único paradigma posible que salvaguarda la dignidad de ambos y que expresa el proyecto amoroso que ha precedido su creación. «El hombre y la mujer están llamados, desde el inicio, no sólo a existir recíprocamente, uno al lado del otro, o simplemente juntos, sino que también han sido llamados a existir recíprocamente el uno para el otro. La misma esencia del hombre, la humanidad, ha sido llamada a la comunión interpersonal, y la historia del género humano realiza, según el designio de Dios, la integración de aquello que es masculino y de aquello que es femenino».

La naturaleza del ser humano que realiza una identidad propia a través del vínculo de comunión con el otro, el diverso de sí, es una profunda paradoja, particularmente evidente en la mujer. La mujer parece, de hecho, expresar proféticamente en un modo más completo el dinamismo de la relación de amor. «El esposo es aquel que ama. La esposa es amada: es quien recibe el amor para amar a su vez». Si la persona no puede encontrarse plenamente si no es mediante el don sincero de sí, se puede decir también, que el don sincero de sí tiene algo que lo precede, un anclaje que constituye el fundamento, y es la gratuidad de la creación amorosa de Dios, el abrazo de su amor eterno. «Si conocieras el don de Dios»: así responde Jesús a la petición de la Samaritana, haciendo explícita la precedencia del ser amado sobre el amar.

La relación, ser-para-el otro, destino de todo el género humano que, con particular eficacia, es expresado por la figura femenina, recibe de ella una marca posterior. La mujer es definida por la apertura a la vida que la ve como protagonista privilegiada. «La maternidad de la mujer constituye una parte especial de este ser padres en común, siendo la parte más comprometida». Así se lee en la carta apostólica y, un poco después, con no poca fuerza: «es la mujer la que paga directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que en este ser padres en común, él cobra una deuda especial con la mujer. Ningún programa de igualdad de derechos del hombre y de la mujer es válido si no tienen en cuenta esto de un modo totalmente esencial» (*Mulieris dignitatem*, 18).

Así el hijo, tercero, al menos potencialmente presente en la relación, subraya que no se trata de una reciprocidad de idénticos, sino de un intercambio de diversos. De personas que no pueden vivir su reciprocidad como un mundo cerrado y perfectamente complementario, porque, precisamente en el momento en el cual se descubren hombre y mujer en su diferencia irreductible («hombre y mujer los creó») se descubren creados para la generación. Y con ella, tocan el propio límite, la propia insuficiencia, incluso como pareja. Si el hombre aprende su paternidad de la maternidad de la mujer, entrambos son llamados a trascenderla y a ligarla, como analogía del engendrar divino.

En este contexto que los define —y fija, por tanto, los límites— e incluso los ancla a la firmeza del misterio del hombre y de la mujer, pueden ellos encontrar una compañía solidaria y participada. Con realismo y esperanza pueden así, juntos, asumir «una común responsabilidad por la suerte de la humanidad» y afrontar las fatigas de lo cotidiano en la perspectiva de un destino definitivo⁸.

Finalmente podemos decir que a la mujer y a su «genio», que el Santo Padre no vacila en definir como «profético», se confía de un modo particular ese «orden del amor» que tiene el primado en la vida de los hombres según la fe cristiana. En este acto de confianza en la mujer queda incluido, de algún modo, todo hombre. Se reconoce al «genio» femenino una capacidad peculiar para defender la dignidad de la persona querida por Dios en sí misma y para

⁸ Cfr. EUGENIA SCABINI, *Relazione uomo- donna: reciprocità e differenza, in Dignità e vocazione della donna, per una lettura della «Mulieris Dignitatem»*, Libreria Editrice Vaticana (Vaticano 1989), 122-124.

impedir de este modo que en la sociedad descristianizada se apague la luz del rostro de Dios que brilla en todo hombre (*Sal* 4,7).⁹

Estos son simplemente unos trazos de la concepción de Juan Pablo II sobre la mujer, que quieren ser una invitación a una mayor profundización en el misterio de la mujer, de su dignidad y de su vocación.

3. Su amor a María

No podemos hablar de Juan Pablo II y la mujer sin aludir a su amor por María, el cual es evidente y entusiasmante; amor reflejado de manera particular en su lema, en consagración a Ella: «*Totus tuus*», que lo acompañó de modo especial a lo largo de todo su pontificado. Es aquí donde podemos encontrar la clave para comprender la experiencia más profunda que el Papa hizo de la femineidad, del corazón de una Madre. Sin duda alguna, en María encontró la verdadera madre, que había perdido de pequeño.

Como un verdadero enamorado y contemplativo, la contempló continuamente y fue descubriendo el proyecto de Dios para Ella, admirándose como un niño, agradeciendo al Señor el don de su Madre y confiándose a Ella totalmente.

A María la ha querido poner como modelo de la mujer, para que ella descubra la belleza de su vocación y la trascendencia de su misión.

Reflexionando sobre la virginidad y la maternidad, como dos dimensiones particulares de la realización de la personalidad femenina, en su carta apostólica sobre la dignidad de la mujer, el Papa presenta a María como modelo.

«A la luz del Evangelio éstas —maternidad y virginidad— adquieren la plenitud de su sentido y de su valor en María, que como Virgen llega a ser Madre del Hijo de Dios. Estas dos dimensiones de la vocación femenina se han encontrado y unido en Ella de modo excepcional, de manera que una no ha excluido la otra, sino que la ha completado admirablemente. La descripción de la Anunciación en el Evangelio de san Lucas indica claramente que esto parecía imposible a la misma Virgen de Nazaret. Ella, al oír que le dicen: Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, pregunta a continuación: ¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco

⁹ Cfr. A. SCOLA, *Identidad y diferencia. La relación hombre-mujer*, 10 ed., Ediciones Encuentro (Madrid 1989), 77-83.

varón? (*Lc 1,31.34*). En el orden común de las cosas, la maternidad es fruto del recíproco conocimiento del hombre y de la mujer en la unión matrimonial. María, firme en el propósito de su virginidad, pregunta al mensajero divino, y obtiene la explicación: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, tu maternidad no será consecuencia de un conocimiento matrimonial, sino obra del Espíritu Santo, y el poder del Altísimo extenderá su sombra sobre el misterio de la concepción y del nacimiento del Hijo. Como Hijo del Altísimo, Él te es dado exclusivamente por Dios, en el modo conocido por Dios. María, por consiguiente, ha mantenido su virginal no conozco varón (*cf. Lc 1,34*) y al mismo tiempo se ha convertido en madre. La virginidad y la maternidad coexisten en Ella, sin excluirse recíprocamente ni ponerse límites; es más, la persona de la Madre de Dios ayuda a todos —especialmente a las mujeres— a vislumbrar el modo en que estas dos dimensiones y caminos en la vocación de la mujer, como persona, se explican y se completan recíprocamente¹⁰.

María es madre y virgen como «arquetipo» de la mujer, la Virgen de Nazaret, que se hace Madre de Dios permaneciendo intacta en su virginidad, ayuda a comprender en plenitud el significado de dos dimensiones de la vocación de la mujer y, en particular, la íntima relación que les une entre ellas. Estas dos dimensiones son, precisamente, la maternidad y la virginidad: en María se encuentran, se unen, coexisten en una manera única, excepcional. La Virgen de la Anunciación objeta al Ángel su propia imposibilidad de hacerse madre, porque «no conoce varón», es decir, porque tiene el propósito de permanecer virgen. Pero el Ángel le revela el origen sobrehumano de su maternidad: será el Espíritu Santo quien la hará madre. Y la conservará virgen.

Estas dos dimensiones no sólo no se excluyen, si no que se iluminan y se complementan recíprocamente. Aquello que se realiza de modo excepcional en María es también «paradigmático» para cada mujer en la dimensión materna o virginal de su vocación personal.

Esto es un aspecto fundamental para la comprensión de la dignidad y de la vocación de la mujer: como para la dignidad personal es del todo inaceptable una contraposición hombre y mujer, así para la vocación femenina es otro tanto inaceptable una contraposición entre la dimensión materna y la dimensión virginal.

¹⁰ *Mulieris dignitatem*, n.17.

Esto encuentra explicación, una vez más, en la verdad de la persona, que por sí sola hace comprender el significado integral —profundamente personal y personalizador— sea de la maternidad sea de la virginidad¹¹.

Conclusión

«Si conocieras el don de Dios (Jn 4,10), dice Jesús a la samaritana en el transcurso de uno de aquellos admirables coloquios que muestran la gran estima que Cristo tiene por la dignidad de la mujer y por la vocación que le permite tomar parte en su misión mesiánica.

La presente reflexión, que llega ahora a su fin, está orientada a reconocer desde el interior del don de Dios lo que Él, Creador y Redentor, confía a la mujer, a toda mujer. En el Espíritu de Cristo ella puede descubrir el significado pleno de su femineidad y, de esta manera, disponerse al don sincero de sí misma a los demás y de este modo encontrarse a sí misma»¹².

Estas palabras, con las que concluye el Santo Padre su carta apostólica, expresan muy bien lo que con su reflexión quiso poner de manifiesto. La vocación de la mujer es un «don de Dios», un don que Él le ha otorgado gratuitamente, y que ha querido para ella desde aquel «principio». El Amor es el origen y el fin de su vida; creada por amor y para el amor, no puede menos que vivir en amor. Y, dado que el amor tiene su fuente en Dios, la mujer ha de volverse hacia su Creador, para abrirse y disponerse a recibir de Él el amor mismo con el que está llamada a amar; tiene que volverse hacia su Redentor, para aprender de Él el significado pleno de lo que significa amar; y tiene que abrirse al Espíritu Santo, para dejarse transformar por su gracia y hacerse capaz de amar. Es desde el plan originario de Dios e inserta en la obra de la Redención, donde tiene que encontrar su vocación; donde ha de recibir su llamado personal a la donación total de sí misma. Con un corazón agradecido, ha de acoger el don de Dios con el que le regala lo más sublime y divino de su Ser: el Amor.

Juan Pablo II quiso desvelar a las mujeres su vocación y su misión en el mundo, a la vez que supo expresarles su inmensa gratitud de muchas maneras; gratitud que supo plasmar de modo particular en su carta dirigida a las mujeres:

¹¹ Cfr. D. TETTAMANZI, *Grandi cose...*, 128.

¹² JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, n. 31.

«Dar gracias al Señor por su designio sobre la vocación y la misión de la mujer en el mundo se convierte en un agradecimiento concreto y directo a las mujeres, a cada mujer, por lo que representan en la vida de la humanidad.

Te doy gracias, mujer-madre, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores del parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.

Te doy gracias, mujer-esposa, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

Te doy gracias, mujer-hija y mujer-hermana, que aportas al núcleo familiar y también al conjunto de la vida social las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy gracias, mujer-trabajadora, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del misterio, a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad.

Te doy gracias, mujer-consagrada, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta sponsal, que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura.

Te doy gracias, mujer, ipor el hecho mismo de ser mujer! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas»¹³.

Podríamos terminar este artículo manifestando, nosotros también, nuestra gratitud a Juan Pablo II, parafraseando su mismo texto: «Gracias por haber desvelado el designio sobre la vocación y misión de la mujer . . . ; gracias por haber valorado a la mujer-madre, esposa, hija, hermana, trabajadora, consagrada . . . ; gracias por haber valorado el hecho de ser mujer».

¹³ JUAN PABLO II, *Carta del Papa Juan Pablo II a las Mujeres*. Libreria Editrice Vaticana (Cd. del Vaticano, 1995), n. 2.